

Revista de Castellón

AÑO II

QUINCENAL ILUSTRADA

NÚM 26

ARTE ✻ LITERATURA ✻ HISTORIA

Director Literario: *Luis del Arco* Administrador: *J. Bellver Huguet*



PAISAJE DE PRIMAVERA (Dibujo de W. Rolland)

Revista de Castellón

No se devuelven los originales aunque no se inserten. La correspondencia al Director: Asensi, 4

Apolinar Fola

La lectura de la prensa diaria nos ha hecho saber que pronto se rendirá el merecido homenaje á la memoria del sabio oficial de Carabineros cuyo nombre encabeza estas líneas.

Don Apolinar Fola Igúrbide, no era hijo de Castellón. Mas por muchos títulos estaba ligado á la ciudad de la Plana, en la que contaba con cariñosísimas relaciones y donde se le consideraba como una de las más eminentes personalidades científicas de la tierra. Y no haríamos mal si esta última palabra la escribiésemos con mayúscula, porque es seguramente el nombre de Fola uno de los más conocidos y de los más universalmente admirados por cuantos se dedican al estudio de la ciencia matemática.

Modesto oficial de Carabineros, cuando en el que como voluntario ingresó á los dieciocho años de edad, pasó lentamente por todas las graduaciones de tropa y consiguió lucir la estrella de Alférez, al mismo tiempo que se daba á conocer en el mundo de la Ciencia y ocupaba en él uno de los primeros lugares. Lo conquistó con su hermosa obra «Investigaciones filosófico-matemáticas sobre las cantidades imaginarias», cuya primera parte publicó en 1881, cuando tenía en Castellón su residencia oficial. Con ella se reveló el sabio y á la vez el pueblo que no le había servido de cuna, pudo apropiársele con noble ansia de gloria por haberse incubado en su seno lo que constituía la saliente personalidad de Fola.

Aquella primera parte de su monumento de sabiduría, no alcanzó el galardón que correspondía á su alto mérito. La Inspección general de Carabineros propuso al autor para el ascenso, como justo premio á la labor realizada, pero la propuesta no prosperó y la recompensa quedó reducida á una cruz blanca del Mérito militar. A la vez fué nombrado Académico corresponsal

de la de Ciencias exactas, físicas y naturales. Esta doctísima corporación auguró entonces que si la segunda parte de la obra rayaba á la altura de la primera, el autor conseguiría con ella una gran reputación y la Patria mucha honra.

Algunos años más tarde y cuando Fola era ya primer teniente, dióse á luz la segunda parte del magno trabajo y en 1892 quedó oficialmente premiado con la más alta recompensa que permitían los Reglamentos en vigor, haciéndose constar públicamente el sentimiento por no existir forma legal de elevar el premio á términos más positivos y valiosos. El teniente Fola fué, á la vez, indemnizado de los gastos que le produjo la impresión de su obra.

Este militar, que elevándose á las altas cumbres del saber atrajo hacia sí la admiración de los hombres de estudio, fué el prototipo de los iluminados en los altares de la Ciencia, animado por noble y firme vocación que venció los obstáculos naturalmente interpuestos en su camino con una tenacidad á prueba de contrariedades, que avaloran las circunstancias iniciales de su entrada en el Ejército por la más humilde de sus puertas, y el hecho, verdaderamente extraordinario, de no haber cursado las enseñanzas del grado de Bachiller, lógico vestíbulo del edificio cultural en España.

Los últimos años de su vida trascurrieron en Castellón, y en Castellón abandonó la existencia, haciéndole el legado de sus restos. La ciudad ha de tener á gran honor tan precioso depósito y con orgullo podrá ostentar en uno de sus paseos el monumento que perpetúe y honre la memoria del sabio cuyo nombre es timbre de gloria para el Instituto de Carabineros, galardón de la Patria y motivo de inmensa satisfacción para el pueblo que observó sus vigiliás, le alentó en sus esfuerzos y le cobijó para siempre en su amoroso seno.

José COTRINA.

(CAPITÁN DE ARTILLERÍA)

Barcelona 20 Marzo 1913.

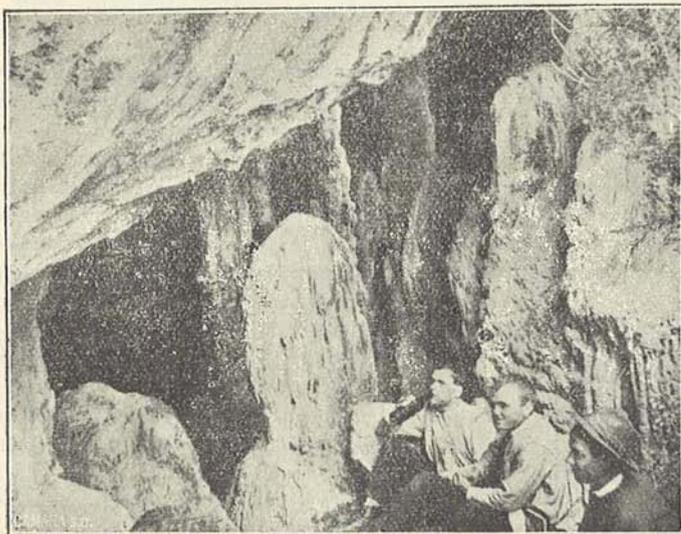
::: La Cueva Cerdaña :::

Entre el extenso laberinto de montañas y en las rugosidades de las sierras que cruzan la provincia castellonense, existen infinidad de maravillas naturales, por lo escondidas, casi ignoradas. Es una de ellas, la Cueva Cerdaña.

Tomando el tren del Norte de Castellón á Sagunto, y trasbordando allí al Central de Aragón, puede apearse el turista en Jérica para mejor organizar su excursión á la cueva, desde este pueblo.

A primeras horas de la mañana se emprende la marcha, montando los excursionistas en caballerías y equipados de vituallas, cuerdas, velas y otros arreos propios del caso.

A la hora y minutos de marcha por carretera,



se llega, por frente á Benafer, á Caudiel, cuyo pueblo se atraviesa después de cruzar la vía férrea.

Tomando un camino de herradura, cambia á los pocos kilómetros el paisaje desapareciendo ya de nuestra vista los olivares y viñedos y los bancales sembrados de verdes panizos.

Empréndese la subida á la inculta sierra, pedregosa, empinada y cubierta ora de maleza y aliagas punzantes, ora de oloroso romero y manzanillas floridas.

A lo lejos, se divisa Peñagolosa descollando sobre otras cordilleras.

Debe abundar por aquí la caza pues á nuestro paso, cuando fuimos, saltaron no pocas liebres, robando la tranquilidad de nuestros perros.

Al subir la última montaña, aparecen á los ojos del caminante las ruinas del corral «de las siete muertes».

Mis acompañantes me contaron el horrible asesinato cometido años ha, en ese maldito rincón. Una noche padres y cinco hijos que huyen de una venganza se refugiaron en esa misera morada, perecieron bajo el cuchillo criminal de unos desalmados. El padre había logrado huir saltando una tapia, y escondióse bajo unas zorras, aprovechando la nocturna oscuridad; pero los ladridos de un perro, le descubrieron á sus perseguidores que allí mismo acribillaron á puñaladas sin compasión al indefenso caminante.

Pero alcemos los ojos y veamos ya en lo alto de una cortadura de monte, la boca de la celebrada cueva.

Un esfuerzo más y á la media hora llegaremos al término del viaje.

El final del camino es una empinadísima y quebrada senda, que, entre roquizaes y malezas, serpentea los enyesados montes de la puntiaguda sierra.

Impone ver trepar las caballerías á peligro de despeñarse en un abismo al menor tropezón; y los ginetes, prudentemente, se apean, conduciéndolas de las riendas.

La Cueva está en término de Montán y cerca de Pina.

A ella llegamos á mediodía.

Al asomarse por la ancha boca de entrada, la impresión es de sorpresa ante tan fantástica oquedad. Gigantescas estalactitas y estalacmitas de muchos metros de longitud, semejan caprichosas columnatas góticas y churrigueras que unen el accidentado piso con la elevada y magistrosa bóveda roqueña; (bóveda que por su grandiosidad semeja la de alguna catedral.)

Esparcidos mis amigos por aquel laberinto de columnatas, semejaban figuritas animadas de un fantástico juguete. Es, en fin, aquello, la maravillosa obra del Supremo Artista.

Los pequeños detalles que obran al alcance del hombre, aparecen destrozados, sin duda por los turistas que quisieron llevarse recuerdos de la cueva.

La humedad es grande en el recinto. Del techo se desprende el agua, gota á gota; y gota á gota se hicieron esas magnas estalacticas con lenta petrificación, á fuerza de sumar tiempo y más tiempo, siglos y mas siglos!... Esta obra, encarnación de la constancia, me dá idea de la inmensidad del tiempo, como las estrellas celestes la dan de la del espacio.

Pasado el grandioso átrio de entrada, semejante á una decoración escénica de ópera, hay que buscar en el fondo la entrada á otros compartimientos. A mano derecha, en una rinconada honda y oscura, aparece en el suelo un orificio



de menos de un metro de diámetro y de desiguales y mojadadas paredes que descende casi perpendicularmente y en forma de caracol. Es forzoso atarse con cuerdas y proveerse de luz artificial para bajar al fondo, después de sufrir no pocas incomodidades. Ya bajo, puede admirarse otra gruta de menores proporciones pero de semejante factura que la anterior, y cuyo piso es muy desnivelado y de molesta oblicuidad, siendo sumamente fácil resbalar al fondo.

También vimos en la parte alta otra cavidad que nace en la grieta de un desprendimiento de las peñas y en forma de pozo, cuyo fondo no pudimos calcular ni con sondas ni arrojando papeles y bengalas encendidas.

Se dice de esta gruta, (como de otras muchas), que no tiene fin; ó por lo menos que mide muchos kilómetros de longitud. Lo primero lo inventó la ignorancia; lo segundo el miedo. Esta cueva, como todas, tiene su fin y lo tiene cerca de la entrada. Lo que ocurre, y engaña al visitante, es que, un kilómetro de marcha subterránea, por las dificultades que á cada paso se oponen, cuesta á veces, muchas horas para avanzar.

Salimos de la cueva ya por la tarde después de impresionar al magnesio unos clichés para esta publicación, y pasado el mal camino del regreso, al llegar á la carretera de Jérica, anoté, montado en el caballo, estas impresiones en mi cartera.

Dr. CARLOS SARTHOU.

(Fot. del autor.)

